

31ª semana del tiempo ordinario. Domingo C: Lc 19, 1-10

Hoy el evangelio nos habla de la conversión de Zaqueo. Este hombre, “pequeño de estatura” se nos hace atrayente, porque muestra un gran deseo de ver a Jesús, quien derrama sobre él toda su misericordia. Zaqueo respondió con una conversión efectiva, demostrando al final que era de una estatura moral mucho más grande que algunos fariseos cumplidores, pero llenos de injusticias y soberbia.

San Lucas, que es el evangelista que más trata de la misericordia de Jesús, nos trae este suceso de la conversión de Zaqueo como una expresión de la misericordia de Dios. Es la característica principal del amor de Dios, en cuanto que se relaciona con nosotros, que somos pecadores. Es bueno meditar hoy en la primera lectura de la misa (Sabiduría 11, 22-12,2). Para muchos Dios era y sigue siendo el terrible, el guardián del orden, el ordenador del mundo, el freno de los delitos sociales, el omnipotente que necesita esclavos. Y el autor sagrado del último libro del Ant. Test. nos dice hoy que Dios es sobre todo amor, que Dios ama todo lo que ha creado. Es amigo de la vida, no de la muerte ni del dolor; nos ama aunque no le amemos; nos ama porque es bueno, no porque nosotros lo seamos. Y porque nos ama, podemos ser mejores y dejar de ser pecadores. A nosotros nos cuesta perdonar; pero El manifiesta su poder y su grandeza perdonando. El perdón es un signo de poder.

Bajo este signo de la misericordia hoy se narra el suceso de Zaqueo. Este hombre era muy mal visto por los fariseos y el pueblo en general, ya que su oficio daba pie para ello, pues era nada menos que el jefe de los recaudadores de impuestos en aquella zona de Jericó, lugar de bastante comercio. Por ese oficio tenía que tratar con los romanos, que eran los opresores, y además solía aprovecharse de su oficio. Por eso luego dirá a Jesús: “Si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más”. A pesar de lo que digan de él, su corazón no es tan cerrado. Y tiene deseos de ver a Jesús: un deseo tan grande que, para poder hacerlo, no teme hacer el ridículo subiendo a un árbol. Jesús, como Dios, no se fija en las apariencias, como los hombres, sino que mira más al corazón. Se intercambian las miradas y, como la misericordia debe ser atrevida, por encima del qué dirán de la gente, Jesús se autoinvita a la casa de Zaqueo, quien lo recibe con gran alegría.

Luego vendría la conversación, el penetrar de la gracia de Dios y la verdadera conversión. Conversión es la transformación radical de nosotros mismos; es pensar, sentir y vivir como Cristo. Convertirse es comprometerse con el proceso de liberación de los pobres y explotados. Por eso Zaqueo, que se convierte, no se queda en buenas intenciones, sino que pasa decididamente a la acción: reparte, devuelve todo lo que ha robado e incluso más. Y esto suele ser muy difícil para un rico. Toda conversión verdadera no es sólo individual, sino que tiene consecuencias sociales. Por eso Jesús la interpreta como gracia y liberación: “Hoy ha entrado la salvación a esta casa”, porque no sólo se salvó él, sino que repercutió en su familia.

Hoy se nos enseña que el principio de la conversión es el deseo de ver a Jesús; y, aunque parezca que hacemos el ridículo, debemos poner los medios para ver a Jesús. Cualquier esfuerzo que hagamos por acercarnos a El, será ampliamente recompensado por su misericordia infinita. Para ello debemos invitarle a nuestra casa, que es nuestro corazón, estar disponibles a su llamada. Después saber que el encuentro con Cristo nos debe hacer generosos con los demás. Zaqueo comprendió que para seguir a Jesús, es necesario el más completo desprendimiento.

La misericordia de Dios se hizo realidad en Jesús que “vino a salvar lo que estaba perdido”. No vino para condenar. Y recordemos que los que practican la misericordia “alcanzarán misericordia”. Por eso nuestra salvación está condicionada al esfuerzo que hagamos por ayudar a los demás en su propia salvación.